

# EL ARGOS.

REDACTOR RESPONSABLE. DR. JUAN BENIGNO VELA.

AÑO I ||

AMBATO, MARZO 15 DE 1890.

|| N.º 7

## RESPECTO A LA PRENSA.

Pensábamos reproducir en el presente número el artículo que sobre enajenación del Archipiélago de Galápagos, publicamos en el número 16 de "La Idea," correspondiente al nueve de febrero de 1889; quisiéramos con aquella reproducción manifestar á los respetables colegas de Guayaquil, que en los últimos días han combatido aquel proyecto, la pureza de intenciones que nos ha guiado en tan delicado asunto y la firmísima convicción con que hemos querido buscar alguna manera de redimirnos pronto y eficazmente de la inmensa deuda inglesa que tan preocupados trae al gobierno y á todos los periodistas, sin apelar al recurso de nuevos empréstitos y nuevos contratos que seguramente serán para más tarde causa de dolorosos desgastos y de amargas consecuencias. Mas, como nuestra idea no ha merecido el favor de los respetables órganos de la opinión pública, acaso porque andamos desacertados, debemos ceder ante la unánime reprobación de la prensa: torpe capricho fuera en nosotros continuar discutiendo la cuestión contra la corriente general, por más que nos juzguemos asistidos de poderosas razones; y en tal concepto, dando de mano á toda disputa sobre nuestro proyecto, permítansenos algunas palabras, á modo de aclaraciones, para descargo de nuestra conducta y para que nuestros distinguidos colegas de la prensa guayaquileña, se persuadan más y más de la sinceridad con que trajimos á la controversia el asunto de aquellas islas.

Jamás hemos pensado que la enajenación del Archipiélago, dado que en ello se consintiese, debiera hacerse despojándose el Ecuador de su derecho de soberanía sobre él, ni menos que la venta tuviese lugar de potencia á potencia. A la manera que la República Argentina, hemos creído nosotros que la enajenación de nuestras islas debía hacerse á empresarios ó asociaciones particulares que las colonizaran como dueños propios de los lotes que comprasen, pero reconociendo la soberanía del Ecuador. De este modo suponíamos nosotros que no corría ningún riesgo ni peligro la autonomía de la República ni era una amenaza para los demás Estados americanos. En la provincia de Esmeraldas, existe una casa inglesa, con derecho exclusivo á una gran porción de territorio; creemos que esa casa es la de Grindale; usufructúa de los terrenos, pero reconoce, como es natural, el derecho que el Ecuador, como soberano territorial, tiene sobre ellos; pues del mismo modo lo reconocerían los compradores de una ó de todas las islas de Galápagos. Así, de lo único que nosotros hemos tratado, es de buscar en aquella enajenación los capitales suficientes para solventar nuestras deudas y continuar con el sobrante la anhelada obra del ferrocarril del Sur; con lo cual recobraríamos

nuestro perdido crédito en el exterior, fomentaríamos la inmigración y nos redimiríamos de esta tristísima vida que pasamos metidos en la garganta de los Andes, sin esperanza de progreso, sin luz, sin comodidades de ningún género, sin nada que pueda hacernos dignos de la consideración de los demás pueblos del mundo, entregados puramente á los frailes extranjeros que van matando en el pueblo todo sentimiento nacional, á fuerza de mantenerlo en el más profundo fanatismo y en la ignorancia más desesperante.

Conste también que nuestra idea de enajenar el Archipiélago, no ha tenido nada de antipatriótica, como nos dijo alguno de nuestros ilustrados colegas; no: el sentimiento de la Patria es tan puro, tan poderoso en nuestro corazón, que á él hemos sacrificado toda nuestra juventud, todos nuestros esfuerzos, todo nuestro porvenir: la Patria para nosotros, es la idea más elevada y más santa; la queremos grande y feliz, no por su inmenso territorio, sino por la sabiduría de sus leyes, por la estabilidad de sus instituciones, por la práctica constante de las virtudes republicanas, por el ejercicio de la libertad en sus múltiples manifestaciones y con sujeción al bien de todos, por el desenvolvimiento de todas sus facultades: la Patria no está para nosotros fincada solamente en un pedazo de territorio; ella se encuentra donde están sus buenos hijos agrupados para defenderla y engrandecerla, librándola de los tiranos que tienden á oprimirla y de los especuladores que hacen por aniquilarla: la Patria está con Temístocles en las naves que combatieron en Salamina; la Patria está en el monte Sacro con Torcuato Manlio; la Patria está con Pelayo en las montañas de Asturias; la Patria está en París con Victor Hugo y Thiers y Gambetta: un retazo de tierra desmembrado de la Patria, nada significa, cuando la desmembración tiene por objeto salvar su honra y abrir las puertas de su futuro engrandecimiento.

Terminamos, pues, con estas breves líneas la disputa en que nos metimos, deseando que el próximo Congreso, despojándose de todo interés mezquino y de cualquiera consideración personal, rechace con energía y patriotismo ésos contatos monstruosos con que se pretende redimirnos, siendo así que en ellos va encerrado el secreto de nuestra ruina. No queremos ferrocarriles ni progreso ni nada, si ellos nos han de costar el sacrificio de nuestro porvenir, el sacrificio de las generaciones que vienen; no queremos ninguna grandeza, haciéndonos cómplices de crimines ajenos; no queremos ferrocarriles, si es el pueblo el que ha de pagar, con sudores y lágrimas, los nueve millones que se han robado los famosos miembros de la Sociedad de la "Argolla;" vivamos pobres y desgraciados, pero con la conciencia limpia y sin dar pábulo á la insaciable codicia de ésos amorosos redentores que, no

adorando á otro dios que al dinero, nada les importa la suerte de un pueblo, al que no les liga ningún afecto, ninguna consideración. Vengan nuestros acreedores ingleses á cobrarnos en mejor coyuntura; hoy por hoy es imposible el pago; nos hallamos arruinados; el gobierno que los ha llamado para arreglos en la peor de nuestras situaciones económicas, satisfágales los gastos de viaje, si así lo desean; mas en ningún caso preste el Congreso oído atento á las proposiciones que hasta aquí se estan haciendo; ellas son inaceptables y deben rechazarse sin examen.

## LA CUMANDA DEL SR. MERA.

### CARTA VI.

Forzosas me son, querido Silvio, dos aclaraciones sobre lo que antes he dicho: sólo una escuela hay esencialmente errónea, exclamé, la que no cuida siquiera de lo verosímil, y entiendo que comprendiste perfectamente mi intención. Pues es de advertir que en la Estética, en el arte de lo bello, consideramos la verdad, no sólo como en las demás ciencias: lo que es, lo que existe, y de ello necesariamente se deduce, ó lo que es lo mismo la perfecta é incontrolable realidad; sino también lo que aun no existiendo, puede existir; lo que no es, pero que no hay imposibilidad para que sea; lo que no está en oposición con el mundo físico ó moral, esto es, lo verosímil. No existió quizá La Isla misteriosa de Verne; pero nada hay imposible en el desarrollo de esa hermosa novela. Pudo no existir Atala; pero supuesta su pasión, la ignorancia de la disciplina eclesiástica, el miedo de incurrir en pecado y su consiguiente condenación, nada más verosímil que ese trago fatal con que pone fin á la deshecha borrasca que la destrozaba. Sólo en la cabeza de Mera vivieron Carlos y Cumandá; pero dados los devaneos amorosos, y la juventud, y la nobleza de alma del primero; y la hoguera, la muerte atroz que á la segunda amenaza, nada más inverosímil y más tonto que, en vez de volar, rompiendo por todo obstáculo al socorro de tal víctima, se quede el pio amartelado, oyendo el sermoneito sosó, de un padre majadero á un facineroso y de marca. Observación, demasiado pueril, me dirás acaso: no tanto como generalmente se piensa. Sencillísimo como ninguno es este principio *fundamental* del Arte, la verosimilitud, la conformidad de las cosas con las leyes inmutables de la naturaleza; pero quizás por sencillo mismo, cuán fácil y comunmente olvidado, y olvido que por consecuencia necesaria, en vez de lo bello produce lo ruin; en vez de ardiente emoción, el hielo del fastidio, y en vez de la vida, la muerte de cualquiera obrita. "Es natural esta situación? y se complace con ella proceder como el que imagino? y con tal determinado carácter y en circunstancias idénticas ¿es propio este versículo que se me ocurre, habría yo proferido estas palabras?" Si esta reflexión sola fuese siempre nuestra guía, cuántos dislates evitáramos fácilmente en obras de imaginación! *Fundamental* dije, y allí están los maestros, allí la naturaleza: *Humano capiti cervicem. . . . Bien n' est beau que le vrai, &c?* Porque, para dicha de la humanidad, sin verdad, sin verosimilitud á lo menos, no espere larga vida ninguna producción literaria, ya que la belleza no es sino "el resplandor de lo verdadero." Y en el curso de estas cartas te convencerás, Silvio, de que á pesar de sus humillos de *clásico intransigente*, no es de la devoción de Mera tan sencillo principio. Pero si indiscretamente mi opinión le cuentas, consuélate: hombres de mucho más talento que Mera, hombres gigantes como Castelar, méanse á cercao njeno, méanse á poetas, y como el diablo se juega con ellos! ¿Dirías que son hijas de un mismo padre La fórmula del progreso y La Redención del esclavo, por ejemplo? Fíjate en la acción y los diálogos de la Hermana de la Caridad, en aquél sobre todo entre Eduardo, herido de muerte en las huanuras de África, y Ángela ya muja. . . Y olvidando por un momento al inatacable Orador ¿no te vienen ganas de echarle al rostro la tal novelita? Qué conversación tan cortada y viva, cuántas admiraciones y suspensivos, y qué animación y fuego y lo que tu quieras, en la forma; pero en el fondo? Y charla tan insustancial y extemporánea, porfia tan tenaz y pueril entre *soy yo* y *no errs tú*? Son naturales, verosímiles en un hombre en delirio y casi agonizante; y en una mujer que da de súbito y por casualidad con el ídolo de su corazón, si za-

crificado al deber, con todo nunca olvidado?

Hablé también por ahí de un sentimiento *innato en el alma*: cuidado con reírte, pensando que estoy por engolfarme ahora en temas aristotélicos, ó por remontarme á las nebulosas con los soñadores hijos del Rhin. Mas tengo para mí que la percepción de lo bello, ese sacudimiento involuntario de nuestro ser ante una obra ó espectáculo acabado en orden y armonía, no es cosa que se adquiere por la educación ni que la reemplaza el estudio. En literatura, la meditación y el examen profundo de los grandes escritores, refinan indudablemente el *gusto literario*, ó sea esa facultad de percibir con más ó menos seguridad y prontitud las bellezas y los defectos de una obra cualquiera; pero es otra y muy distinta esa sed viva del alma por una verdad misteriosamente velada en el conjunto de la creación y en los arcanos de nuestro ser; esa tendencia á buscarla en toda imagen y al través de las luces y las sombras que nos rodean; esa sensación profunda, y que nada tiene de material, al dar de repente con un objeto que nos embebe por su hechizo y rematada perfección, perfección y hechizo en conformidad con lo que llamamos *bello ideal*, no palmario por su puesto en la naturaleza, pero cuyo tipo no puede ser otro que la Belleza suprema. Y esta facultad de amar y producir lo bello ó de admirarlo por lo menos, como el talento mismo, no es un don natural generalmente á todos concedido: hombres hay verdaderas bibliotecas ambulantes, pozos profundísimos de ciencia; pero que, como Jendéates, se pondrían á bostezar á lado de Lais hechizadoras. Y vice-versa, como tan completa es la ilusión que un grande ingenio produce al realizar este soberano esfuerzo del alma--la creación de lo bello--un lector vulgar, esto es, oro ó nada ilustrado, pero sensible: "qué hermoso trance," exclama absorto; y se enamora de veras de Desdémuna, como si realmente existiese; y se horroriza al ver á Blanca dando el último paso hácia la choza, donde la aguarda el puñal de un bandido; y suda de congoja y agoniza con Romeo al oírle desesperado junto al cadáver de Julieta, sin acordarse quizás para nada del pobre autor que tales y tan dulcísimos instantes le proporciona. Pero para éste, hay algo más, mucho más, que esa ilusión, si férvida, momentánea; hay la fruición más soléme y divina que imaginarse puede el humano espíritu: suena en aquel supremo instante el *eureka* asombroso del genio, el *hosanna* sublimé al alma creadora; brilla en aquel momento en todo su esplendor ese sentimiento purísimo de verdadera paternidad, paternidad tanto más arrobadora y celeste, cuanto es el alma misma del autor la que se remira en forma visible, y se ve tangible y palpitante en ese parto feliz de su imaginación. La apta disposición y encadenamiento de las partes, la unidad en la variedad, el aglomeramiento armónico y severo de bellezas mil para dar un solo resplandor al conjunto, y ese perfume, esa magia con que todo lo ha envuelto el ingenio; estas son las cosas que admira un lector ilustrado, éstas las que tan viva y durablemente le hieren y éstas las que le hacen partícipe con el Autor de esa emoción indefinible que produce la contemplación de lo bello; y no el sistema, no la escuela, no el capricho ni los destemplados gritos de espíritus abanderizados.

¿Y cabe estudio así metódico, independiente, profundizado de verdades tan sencillas como las expuestas, en una sociedad que á salir no acierta aún de la cuna? ¿Cabe recta educación literaria, en donde al tanteo estamos todavia para todo; donde á todos prestan su diabólica luz pasiones muy desordenadas y ruines; y en donde la intolerancia y la intransigencia de las facciones políticas son tan ciegas y tenaces como las luchas en que esterilmente se despedazan? ¿Qué educación literaria ha de ser una mezuquina retoriquilla, aprendida miserablemente y más pronto olvidada á los doce años de edad, y apoyada en necias predilecciones á tal ó cual método, y predilecciones imbuidas por ignorancia ó por el torcido espíritu de partido; y qué fruto ha de dar el abandono en que nos dejan, después de habernos atestado de ideas preconcebidas, de juicios erróneos, de medios ridículos, de mucha abyección en el alma y de mucho embrutecimiento en la inteligencia? Eres padre, y ya me imagino la inquietud é indecible amargura con que vez á tus hijos, creciendo, creciendo; y sin afinar tú cómo proporcionarles una educación intelectual, á medida de tus aspiraciones. Cómoda filosofía es, pero no de todos, el contentarse con lo que uno tiene; mas tratándose de nuestros hijos especialmente ¿cómo ver con sosiego ese cúmulo de nubarrones con que día por día va encapotándose el porvenir de la patria?

El espíritu de asociación, Silvio, te consta que ha sido y es

entre nosotros tan exótico y de tan difícil cultivo como el periodismo: ni sociedades de baile han contado dos lunas de existencia; y las letras, como hijas de las Gracias, se pulimentan con el roce, se vigorizan con la discusión, se agigantan con el choque. ¿No es preferible sin disputa aun la crítica más injusta y mordaz que esa glacial indiferencia de un pueblo que para todo parece aletargado? Nos dicen que hay aquí una Sucursal correspondiente á la Academia Española; y ahora nos consta que vive, porque está de bibliotecaria de una *Biblioteca nacional*, más pobre que muchas librerías particulares. La adquisición de buenos libros, en esta comarca, raya casi en prodigio, y en prodigio peligroso tal vez, por la actividad desplegada con frecuencia por la aduana clerical. Y aún conseguidas obras buenas ¿será metódica y fecunda la lectura, donde estamos á lo que cae, á lo que por dicha se encuentra, exponiéndonos á ser en efecto é ideas eternos juguetes de la casualidad? El egoísmo y la risible soberbia de nuestros hombres provecos tocan en lo inverosímil, en lo monstruoso: con rarísimas excepciones, nada, nada debe á los viejos la juventud ecuatoriana, sino error, miseria y amargura. ¿Qué teatro tiene, pues, en el Ecuador, el aficionado á las bellas letras, qué medios para alcanzar en su cultivo la perfección debida, qué probabilidades de adelanto, qué recompensa?

Pero, oh fuerza maravillosa de la ley sacrosanta del progreso en nuestra especie! Apesar de causas tan poderosas como las que tan desfavorablemente influyen en el desarrollo de nuestra sociedad, no es ésta la que debiera ser. Hay por fortuna, en el esfuerzo privado, tal energía de acción, tanta natural tendencia á lo mejor, á la vida verdadera del siglo en que vivimos, que á menudo y en casi todo, queda no sólo, contrarestando, sino anulado el influjo de las aviesas pasiones públicas que aquí al yugo nos traen. Y hasta los literatos, aunque sin esperanzas ni ilusiones de ningún género, y relegados allí en su labor solitaria, como la araña en la fabricación de su tela, no son en general como debiéramos sospechar, ateniéndonos á la injusticia ó desdeñoso silencio de los abandonados: hay progreso relativo en nuestra literatura, Silvio, como luego veremos. Mas por hoy punto y redondo.

Athos.

## CORRESPONDENCIA DE QUITO.

Sr. Director de "El Argos,"

En tiempos de elecciones, cualquiera puede ser corresponsal de un periódico; y yo, sin más título que el de ser medio amigo de U., le dirijo estos cuatro disparates, para hacerle saber algo de las elecciones de Quito y alguna otra cosilla que talvez U. ignora.

Muy creídotos estaban los señores de los mantos negros que les sería muy fácil triunfar en estas elecciones, como han triunfado siempre con la ayuda de los poderes civil y eclesiástico. Mas como el primero no ha tomado parte, según parece, el segundo sí que tuvo que desplegar una actividad asombrosa; contaba desde luego con ese numeroso atajo de infelices que se llaman *hijos de María, hijos del Corazón de Jesús, hijos de San José, hijos de las once mil vírgenes, sobrinos de San Vicente de Paul y entenados de todas las iglesias*; pero no contaban con que los tiempos van cambiando y que el pueblo quiteño, cuando conoce el bien que se le hace ó el mal que le viene, se levanta en masa y se ríe y se burla de esos pobres diablos ignorantes y fanáticos los más, hipócritas y ambiciosos unos cuantos; y así es que cuando ellos menos lo pensaban, el triunfo se decidió por el candidato liberal. La "Sociedad Republicana," desplegó á su vez tal actividad en los trabajos eleccionarios, que era cosa de verse el entusiasmo con que cada uno de sus miembros recorría los barrios buscándose sufragantes: los comerciantes cerraron sus almacenes, los artesanos sus talleres, el industrial dejó su trabajo y todo el mundo fué á buscar votos y á depositar los suyos en las ánforas electorales; y todo ha sido animación y patriotismo en estos cuatro días.

El triunfo obtenido en Quito, aunque no haya sido más que con noventa votos, significa tanto, cuanto que demuestra que las buenas ideas van ganando terreno en este pobre pueblo, oprimido siempre ya por la tiranía, ya por el fanatismo más descensolador: es un triunfo moral que nos augura mejores días para lo porvenir: mucho es haber triunfado aquí, en el foco del fanatismo, en el recinto del partido recalcitrante, en

el lugar mismo de las congregaciones y cofradías y hermandades y escuelas de Cristo.

La tropa no sufragó con el escándalo con que antes lo hacía; sufragó por el candidato *sombra ó espantajo*, verdad, pero con orden y sin violencia; fuera del Batallón de la Artillería cuyo jefecito es de aquellos sobre quienes el terrorismo ejerce una poderosa influencia; dicho jefecito, ése sí que se las ha sacado. Otros grandes hombres del mismo partido, jugaron también su *nobilísimo* papel en los cuatro días; Abel García, el picador La Torre y el zapatero Naranjo, son los prototipos de la grandeza y hermosura del bando clerical; estos tres personajes se distinguen entre todos por sus . . . . devotas tareas.

En el pueblo de Cayambe no tuvo votos el Sr. Larrea. Esto se explica porque los chagras Jarrines, arrendatarios del fundo Changalá de propiedad de las señoras de los alcázares, recibieron orden de trabajar por el esclavo de García Moreno. Los chagras Jarrines son los gamonales del pueblo y los empleados perpetuos; y en tal caso, no había qué esperar; para los chagras, ignorantes como son, más valía el arrendamiento del fundo que la suerte de la República; y las señoras de los alcázares y de las gradas del trono, todavía están creyendo que han de tener en casa otro Presidente; pero son ricas dichas señoritas; y los frailecitos, que saben á donde apuntan sus narices, tienen sobre ellas predominio absoluto.

Otra cosa. Aunque yo no lo creo, mas es público y notorio, que el Dr. Campos, desesperado de la situación económica y no entendiendo palabra de finanzas, ha emprendido de la noche á la mañana una como fuga vergonzosa del gabinete, dejándole á Don Antonio abandonado á sus cuitas y sin tener Ministro de Hacienda que lo represente en el Congreso. La verdad es que nadie puede explicarse esta tan intempestiva separación del Sr. Campos; si su viaje á Guayaquil, en tan rigoroso invierno, obedece á algún plan económico, no podré decirlo; mas en todo caso, el pueblo cree que es una fuga y lo ha de creer así más que le demuestren lo contrario; mayormente cuando dicen que el Presidente se anda buscando reemplazo y que aun le ha visto á Don Paquito Salazar, y que éste no ha querido. Será cierto? Milagro flamante fuera que un Salazar no acepte empleo; esto no es ni para imaginario.

No vaya U. á creer que soy exajerado cuando le digo que todo el mundo se indigna en esta Capital, al verle á Mr. Kelly, á este caballero de los Milagros, como U. le llamó, paseándose por esas calles tan horondo y festivo, como si ya nos hubiera traído la buena nueva de haber llegado el ferrocarril á Sibambe. Y advierta U. que ese demonio de cojo está jugando los bolos que es una maravilla; ya verá U. y lo verán todos los ecuatorianos si el Congreso venidero no acoge favorablemente las peticiones de Kelly, y los ridiculos pretextos con que éste se excusa para no haber adelantado aquella obra: Kelly no juega solo; los principales jugadores que están echando suerte sobre la desgarrada túnica de la crucificada República, U. los conoce; juegan desde Guayaquil, y tienen en Quito unos tantos de la misma camada que les ayudan á mover los cubiletes, seguros de entrar en la participación de las ganancias: el pueblo en todo caso es la víctima propiciatoria; cuenta con unos Diputados y con unos Senadores, que antes que defender los intereses públicos, han de estar por los suyos propios, como ya se vió en los cuatro Congresos anteriores, en que hubo Diputados que de la noche á la mañana trocaron sus opiniones y salieron vestidos con la librea costeada por el coballero de industria que U. conoce. Ay, Sr. Director! alcanzamos unos tiempos de verdadera calamidad pública: qué Congresos los que se reunen, qué iniquidades las que se cometen. . . .

Pero para primera Correspondencia, esta va muy larga y saciándose de madre; y voy á concluir la pidiéndole á U. permiso para una segunda y tal vez para una tercera, si Dios fuese servido; y reciba U. el aprecio de su estimador

Aristarco.

## CUMPLIDA VINDICACION

Riobamba, Marzo 11 de 1890.—Señor Redactor de "El Argos."—Muy Señor mío:

Un amigo mío se ha dignado mandarme el número 6° de su ilustradísimo periódico, y, con tal motivo me he impuesto de una carta, suscrita por Juvenal,

que U. ha publicado, pero sin abonar la veracidad de las aserciones que ella contiene.

Ha tenido U. razón en proceder de esta suerte, y muchísima justicia en esperar que yo sabré vindicar me de la imputación que se me hace en dicha carta. Por fortuna, para vindicarme, me basta hacer declaración leal y franca de mis más íntimos sentimientos.

Desde muy joven la imprenta ha sido para mí objeto de respeto profundo y, hasta de culto reverente. He creído siempre que la misión del escritor público, y muy especialmente la del periodista, si por santa es un respetable sacerdocio, si por importante un verdadero magisterio. Por esta razón, la difamación por medio de la imprenta la he considerado como un atroz sacrilegio, y la mentira y calumnia en boca de un escritor me han producido el efecto de acto de apostasía, de infamia de renegado. Tan arraigadas han sido en mí estas convicciones que son muy pocas y muy contadas las ocasiones en que he escrito para el público; y cuando la necesidad me ha obligado á ello, *siempre, absolutamente siempre*, lo he hecho bajo mi firma, y aceptando la responsabilidad de mis ideas, de mis sentimientos y de mis aspiraciones.

Aquí podría terminar esta carta; pero para que U. reconozca hasta qué punto son injustos los cargos contra mí formulados, estimo que no está por de más el asegurarle que no conozco, que no he leído ni una sola de las publicaciones hechas, bajo el pseudónimo de Terencio, y con cuya paternidad han tratado de honrarme. Ciertamente que en Riobamba soy una de las pocas personas que reciben, con regularidad y constancia, los periódicos de Guayaquil; pero desde el mes de Enero desgracias domésticas y ocupaciones particulares han absorbido mi ánimo de tal suerte que no me han dejado valor ni tiempo para leer dichos periódicos. En confirmación de esta verdad invoco el testimonio de los Señores Miguel y Pedro Lizarraburu, y de los Doctores José María Banderas, Pacífico Villagómez y Rosalino Martínez, que el viernes pasado se dignaron honrarme con una visita, durante la cual encontraron sobre mi mesa cuatro ó cinco paquetes de periódicos, pero paquetes intactos, tal cual los habían traído los correos, y sin que siquiera se les haya desprendido las fojas de papel, ó carátulas en que vienen escritas las respectivas direcciones. ¿Y será aceptable el suponer que yo conserve los periódicos de esta manera, en sabiendo que ellos contienen artículos ó publicaciones mías?

Sin dudar que U. se dignará honrarme dando cabida á esta carta en las columnas de su acreditado periódico, me es muy grato el ofrecer á U. mis más distinguidas consideraciones.

EMILIO UQUILLAS.

#### ENIGMA DESCIFRADO.

¿Qué se han hecho los nueve millones de francos que los empresarios del ferrocarril del Sur tomaron en París para la continuación de la misma obra? Nadie se daba cuenta de la manera cómo se evaporó aquel enantioso empréstito: creyeron unos que no era más que una farsa inventada por la Compañía de Obras Públicas, susesoras del famoso Kelly, con el objeto de alentar las esperanzas del pueblo y conseguir nuevas concesiones y nuevas prór gas; otros, que eran los más, afirmaron y con harto fundamento, que el tal empréstito, dividido entre los mismos cofrades de Kelly, fué á parar en la gabela de cada uno de ellos, sin haberse empleado ni un solo céntimo en el ferrocarril. La última opinión ha triunfado decididamente, con sólo la diferencia de que esos milloncejos no fueron repartidos entre los de la "Argolla," sino

que los muy señores nuestros han invertido todo ese capital en una obra pía, en una obra de caridad, en la redención del Ecuador; pues han comprado toda nuestra deuda inglesa, como quien no dice nada.

Y por cuánto la han comprado? El tipo de los bonos ecuatorianos fué el de dos y medio, de tres por ciento á lo más, hasta ahora pocos meses; de modo que bien pudo el Ecuador haber amortizado todos los bonos por medio millón de sueres, por un millón á lo sumo; afirmación nada exagerada, si se recuerda que García Moreno no consintió en la amortización por un millón de pesos febles. Pero como nuestros redentores Kelly y Compañía aman tanto á nuestra república, que se desviven por su felicidad; no han querido desperdiciar la ocasión; y viéndoles á la mano esos nuevos milloncitos, nada más caritativo que redimimos con ellos, comprando nuestra deuda por una quiscosa y viniéndose luego á proponernos, por el respetable órgano de condes y duques, se la compremos nosotros, por el bajo tipo del treinta por ciento; y de aquí el contrato Okzsa y el contrato Sediéres, mediante los cuales no ha de pagar el Ecuador más que unos seis ú ocho millones de sueres á nuestros carísimos redentores; ítem más, cosa de medio milloncito de sueres por servicio de comisión; ítem, que para pagar todo esto, los mismos redentores nos facilitarán en Europa un misérrimo empréstito de dos millones de libras esterlinas, con un módico interés del seis ú ocho por ciento; y así siguen los cálculos hasta que el agonizante Ecuador exhale el último aliento. ¡Sublimes redentores!

Congresistas de mil ochocientos noventa: allí tenéis descifrado el enigma; ya sabéis para qué se os llama con tanto apuro; ya tenéis conocimiento que todos los bonos ecuatorianos están entre nosotros; ya comprendéis cuáles son los malos ecuatorianos que se han asociado con los condes, duques y marqueses para comprar la deuda inglesa y especular con el pobre pueblo, ahondando el abismo de miserias y calamidades á que lo han precipitado esos mismos hijos desnaturalizados de la Patria ecuatoriana. Sed hombres de carácter ¡oh congresistas! sed patriotas y verdaderos representantes del pueblo; condenad esos infames manejos y haced brillar la espada de la justicia sobre ésos que quieren desgarrar el corazón de la República.

#### CABOS SUELTOS.

"LA PLUMA." Con este modesto nombre vió ayer la luz pública en esta ciudad un simpático periódico, puramente literario y cuyo objetivo principal, según lo anuncia su bien escrito Prospecto, es la escuela y el colegio, para estimular á los educandos, publicando las notas buenas de los que entre éstos más se distinguen. El redactor de "LA PLUMA," es nuestro querido y muy inteligente amigo Sr. Dr. Celiano Monge, conocido ya ventajosamente en todos los círculos literarios de la República y en la Academia Ecuatoriana, de la cual es miembro correspondiente. Felicitamos al Sr. Monge por su nueva producción y le deseamos una buena cosecha de coronas y aplausos en su tranquila importantísima labor; su empeño por la instrucción pública en Ambato, es laudable; y basta esto para que los ambateños le vivan agradecidos.

UNA PREGUNTA.—Será cierto que para facilitar la reunión del Congreso extraordinario, son los condes y duques de los contratos los que han prestado al gobierno docientos mil sueres? Si fuese verdad, nosotros exclamaríamos: ¡temerosísimos y apuradísimos redentores nuestros, seis un potente de caridad y filantropía; no merecís ser crucificados: aleluya, aleluya.....!!!

Para la Biblioteca Nacional